

Las amistades peligrosas

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Les Liaisons dangereuses*

En cubierta: © rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© De la traducción y notas, Mauro Armiño

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10183-31-5

Depósito legal: M-13.176-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Choderlos de Laclos

LAS AMISTADES
PELIGROSAS

Edición de
Mauro Armiño

 Siruela

Libros del Tiempo

Nota a la edición

El texto francés de *Les Liaisons dangereuses* no plantea problemas desde la segunda edición, aparecida en abril de 1782, después de que en mayo se editase la primera. Laclos había corregido las numerosas erratas de esta última. No volvió el autor sobre el texto, aunque en 1787 dio su visto bueno a un editor anónimo para que publicara la novela acompañada por la correspondencia que intercambió con Mme. Riccoboni y por unas treinta páginas más recogidas con el título de *Pièces fugitives*. Será esta, conocida como la «edición de Nantes», la que, a una pregunta de su hijo, le recomiende Laclos como la mejor, probablemente por la inclusión de esos textos ajenos a la novela, pero relacionados con ella; no ofrece sin embargo más novedades que la corrección de erratas. Aunque Laclos no la «hizo», según él mismo escribe, su contacto con el desconocido editor permitió que el autor la recomendase como la mejor.

Esos textos, el de 1782 y 1787, son los seguidos por las ediciones francesas actuales, empezando por las *Œuvres complètes* de Laclos (Bibliothèque de La Pléiade, Gallimard, 1979) preparadas por Laurent Versini, que contienen, además, todos los escritos de nuestro autor: su ensayo inconcluso *Des femmes et de leur éducation*, la abultada correspondencia privada y los breves escritos políticos de un militar que pasó por distintas situaciones profesionales –mariscal de campo destituido y condenado a la guillotina, de la que escapó por poco para terminar como general de brigada en el Ejército napoleónico del Rin–, por tres etapas políticas cla-

ves de la historia francesa: el final de la monarquía, la Revolución de 1789 y la asunción del poder por Napoleón Bonaparte, consagrado Emperador al año siguiente de la muerte de Laclos.

Si Versini sigue el texto de 1787, Catriona Seth, encargada de la nueva edición de *Les Liaisons dangereuses* para la misma colección (Bibliothèque de La Pléiade, 2011), se ha atenido a la edición de Nantes, con la correspondencia entre el autor y Mme. Riccoboni y las *Pièces fugitives*; se acompaña de ilustraciones de distintas ediciones, desde la primera ginebrina ilustrada (1786) y la londinense de 1796, hasta diversas ilustraciones ya en color de la mayoría de ediciones del siglo xx, así como de carteles y escenas de películas inspiradas en la novela, dirigidas por Roger Vadim y Roger Vailland (1959), Stephen Frears (1988), Miloš Forman (1989) y el director coreano Lee Jae-yong (2003). La Bibliothèque de La Pléiade concluye esta edición con una antología de juicios sobre *Les Liaisons dangereuses*: desde críticas de la época (1782) hasta comentarios más o menos breves de escritores como Baudelaire, André Gide, André Malraux, Heiner Müller, Philippe Sollers o Pascal Quignard.

Entre las ediciones «sueltas» de *Les Liaisons dangereuses* puede tener interés la dirigida por Charlotte Burel (Folioplus classiques, 2003), que, a partir de su publicación de 2008, incluye un análisis de la polémica adaptación de Stephen Frears y su guionista, Christopher Hampton, de la novela de Laclos, que entre otros méritos tuvo el de «resucitar» mundialmente *Les Liaisons*, resurrección a la que también colaboró Hampton con una versión teatral que recorrió los principales escenarios del mundo.

He respetado el color «aristocratizante» del texto, que trata a los protagonistas de acuerdo a los usos ortográficos con que la época reflejaba el poder de esa clase social; modernizo la puntuación, a veces irregular, aunque con la prudencia que requiere el valor expresivo que posee en el original. Dejo de lado las variantes, aunque aprovecho alguna significativa a partir del manuscrito que analiza con precisión admirable Laurent Versini en su edición ya citada de las *Œuvres complètes* de Laclos (1979).

MAURO ARMIÑO

LAS AMISTADES PELIGROSAS,
O
CARTAS
RECOGIDAS EN UNA SOCIEDAD, Y PUBLICADAS
PARA LA INSTRUCCIÓN DE ALGUNAS OTRAS.
POR M. C... DE L...

Aumentada con una correspondencia
del Autor con Mme. Riccoboni

M. DCC. LXXXVII

«He visto las costumbres de mi tiempo, y he publicado estas cartas».

J.-J. ROUSSEAU, prólogo a *La nueva Eloísa*

Advertencia del librero¹

Las ediciones de esta Obra se han multiplicado tanto hasta este día que no habríamos emprendido esta si el azar no nos hubiera proporcionado medios de asegurar su venta, con preferencia a cualquier otra; y esto sin recurrir ni al papel de vitela ni a los caracteres de Baskerville,² ni siquiera al pequeño formato, cosas todas que, como se sabe, y como está probado por nuestros libros de venta, añaden muchísimo al mérito de las obras.

Esta edición no es solo para uso de las personas que leen los libros que compran, sino que conviene, más particularmente todavía, a todas aquellas que están encantadas de juzgar una obra sin tomarse la molestia de leerla, y son estas las que hemos tenido particularmente en cuenta en nuestra empresa. Para ellas publicamos una correspondencia en la que se encuentra reunido, en un espacio muy pequeño, prácticamente todo lo que se ha dicho y se puede decir a favor y en contra³ de la novela que reimprimimos, de suerte que cada cual podrá elegir el juicio que le convenga tener sobre ella, y que encontrará a mano todas las razones en

¹ Advertencia añadida en la edición de 1787, escrita probablemente, como la del «editor» y la del «redactor», por el propio Laclos.

² John Baskerville (1706-1775), impresor inglés que diseñó diversas fuentes tipográficas fundiendo tipos de impresión que destacaban por la búsqueda de la claridad y la elegancia. Sus tipos tuvieron que esperar 150 años para «resucitar» y convertirse desde 1921 en una tipografía muy utilizada.

³ La correspondencia entre Mme. Riccoboni y el autor, págs. 429-443.

apoyo de ese juicio sin estar obligado a buscarlas en la obra, lo cual es sin discusión más cómodo y más seguro.

Se nos ha asegurado que esta correspondencia había existido realmente entre Mme. Riccoboni⁴ y M. C. de L., y así lo creemos. En efecto, ¿quién sino la encantadora autora de *Catesby* hubiera podido poner tanta gracia en su crítica, y quién sino el autor de la novela hubiera podido poner tanto celo en su defensa? Nos ha parecido que, por ambas partes, los razonamientos eran intensos e impacientes; y nos ha parecido que esta correspondencia habría podido conseguir un rango distinguido entre las obras polémicas si, por desgracia, los dos adversarios no hubieran olvidado decirse injurias. Tal negligencia nos hace creer que estas cartas no habían sido destinadas a ver la luz.

No creemos deber cuenta alguna al público sobre la forma en que estas cartas nos han llegado; solo le diremos que nos han sido entregadas con algunas poesías fugitivas del autor de la novela.

⁴ Marie-Jeanne Riccoboni (1713-1792) se casó con el dramaturgo y actor Antoine-François Riccoboni, hijo del italiano Luigi Riccoboni (1676-1753) a quien, una vez muerto Luis XIV, el Regente Philippe d'Orléans llamó para que «refundase» en París la Comedia Italiana, expulsada en 1697 por el rey: la amante en ese momento del monarca, Mme. de Maintenon, se había dado por aludida en la obra *La Fausse prude* (*La falsa mojigata*). Marie-Jeanne colaboró como actriz en la compañía italiana, aunque, según Diderot, era «una de las peores actrices que apareció nunca en escena. Nadie habla mejor del arte, nadie interpreta peor» (*Paradoja sobre el comediante*, trad. M. Armiño, Editorial Valdemar, 2003.) Ella misma reconoció su falta de dotes para el teatro y, una vez retirada de la escena en 1761, frecuentó la vida intelectual parisina y escribió novelas de gran éxito que el propio Diderot no dudó en alabar. Publicó diez novelas epistolares bajo la influencia del inglés Richardson; entre sus títulos figuran *Lettres de Fanny Butler*, *Histoire du marquis de Cressy*, *Ernestine* (quizá su mayor éxito), *Lettres de Milady Juliette Catesby à Milady Henriette Campley, son amie* (1759), a la que se alude en la línea siguiente. Mantuvo amistad y correspondencia con Laclos, a quien empezó recriminando unos «caracteres que no pueden existir», e invitándole a «no adornar nunca el vicio, los atractivos que ha prestado a Mme. de Merteuil». («Correspondance entre Mme. Riccoboni et l'auteur des *Liaisons dangereuses*», en Laclos, *Les Liaisons dangereuses*, La Pléiade, Gallimard, ed. Catriona Seth, 2011, págs. 461-479).

Como algunas de estas poesías aún no han sido impresas, y como las otras lo son de manera defectuosa, y dispersas en diferentes recopilaciones, hemos pensado que a algunas personas les encantaría encontrarlas reunidas aquí, siempre que el precio de la obra no aumente. Nos limitamos a pedir la preferencia.

Prefacio del redactor

Esta obra, o más bien esta recopilación, que el público tal vez encuentre todavía demasiado voluminosa, no contiene sin embargo sino el número más pequeño de las cartas que componían la totalidad de la correspondencia de la que está extraída. Encargado de ponerla en orden por las personas a las que había llegado,* y cuya intención de publicarla yo conocía, solo pedí, por precio de mis cuidados, el permiso de podar cuanto me pareciera inútil; y de hecho he tratado de conservar únicamente las cartas que me han parecido necesarias, bien para la comprensión de los acontecimientos, bien para el desarrollo de los caracteres. Si se añade a este ligero trabajo el de volver a colocar por orden las cartas que he dejado subsistir, orden para el que he seguido incluso casi siempre el de las fechas, y por último algunas notas breves y raras, y que, en su mayoría, no tienen otro objeto que indicar la fuente de algunas citas, o justificar algunas de las supresiones que me he permitido, se tendrá toda la parte que he tenido en esta obra. Mi misión no se extendía más allá.**

* Los herederos de Mme. de Rosemonde. Carta CLXIX.

** Debo advertir también que he suprimido o cambiado todos los nombres de las personas de las que se trata en estas cartas; y que si, en el número de las que he sustituido, se hallara alguno que perteneciera a alguien, solo sería un error de mi parte, del que no habría que sacar ninguna consecuencia.

Había propuesto cambios más considerables, y casi todos relativos a la pureza de dicción o de estilo, contra la que se encontrarán muchas faltas. También habría deseado que se me hubiera autorizado a cortar algunas cartas demasiado largas, varias de las cuales tratan por separado, y casi sin transición, de temas totalmente ajenos unos a otros. Este trabajo, que no fue aceptado, no habría bastado sin duda para dar mérito a la obra, pero al menos habría eliminado una parte de los defectos.

Se me objetó que eran las cartas mismas lo que se quería dar a conocer, y no solo una obra hecha a partir de esas cartas; que sería tan contrario a la verosimilitud como a la verdad que, de las ocho o diez personas que han intervenido en esta correspondencia, todas hubieran escrito con la misma pureza. Y cuando hice ver que, lejos de eso, no había por el contrario ninguna que no hubiera cometido faltas graves, y que no se dejaría de criticar, se me respondió que todo lector razonable esperaría seguramente encontrar faltas en una recopilación de cartas de algunos particulares, ya que en todas las publicadas hasta ahora de diferentes autores estimados, e incluso de algunos académicos, ninguna se encontraba totalmente a salvo de ese reproche. Estas razones no me convencieron, y las encontré, como sigo encontrándolas, más fáciles de dar que de recibir; pero yo no era el dueño, y me sometí. Solo me reservé el derecho a protestar contra ella, y a declarar que no era esa mi opinión, cosa que hago en este momento.

En cuanto al mérito que esta obra puede tener, tal vez no me corresponda explicarlo, dado que mi opinión no debe ni puede influir en la de nadie. Sin embargo, aquellos que, antes de iniciar una lectura, se alegran de saber más o menos con qué contar, estos, digo, pueden seguir; los demás harán mejor pasando de inmediato a la obra misma; ya saben suficiente.

Lo que puedo decir en primer lugar es que si mi opinión fue, como reconozco, dar a conocer estas cartas, estoy muy lejos sin embargo de esperar su éxito: y que no se tome esta sinceridad de mi parte por la falsa modestia de un autor, pues declaro con la misma franqueza que si esta recopilación no me hubiera parecido digna de ser ofrecida al público, no me habría ocupado de ella. Tratemos de conciliar esta aparente contradicción.

El mérito de una obra reside en su utilidad o en su agrado, e incluso en ambos cuando es susceptible de ello; pero el éxito, que no siempre prueba el mérito, a menudo depende más de la elección del tema que de su ejecución, del conjunto de motivos que presenta que de la manera en que son tratados. Pero en esta recopilación que contiene, como anuncia su título, las cartas de todo un grupo de personas, reina una diversidad de intereses que debilita el del lector. Además, como casi todos los sentimientos que en ellas se expresan son fingidos o disimulados, solo pueden provocar un interés de curiosidad siempre muy por debajo del interés sentimental, que, sobre todo, predispone menos a la indulgencia y deja ver tanto más las faltas que se encuentran en los detalles, sobre todo cuando estos se oponen sin cesar al único deseo que se quiere satisfacer.

Tal vez estos defectos queden parcialmente compensados por una cualidad que depende asimismo de la naturaleza de la obra: es la variedad de estilos; mérito que un autor alcanza a duras penas, pero que aquí se presentaba de forma espontánea y que evita al menos el hastío de la uniformidad. Algunas personas también podrán valorar un número bastante grande de observaciones nuevas o poco conocidas, y que se encuentran dispersas en estas cartas. Estos son, creo yo, todos los encantos que pueden esperarse de estas cartas, incluso juzgándolas con la mayor benevolencia.

La utilidad de la obra, que tal vez sea más discutida todavía, me parece sin embargo más fácil de establecer. Pienso al menos que es hacer un servicio a las costumbres desvelar los medios que emplean los que las tienen malas para corromper a los que las tienen buenas, y creo que estas cartas podrán contribuir eficazmente a ese fin. También se encontrará en ellas la prueba y el ejemplo de dos verdades importantes que podrían creerse desconocidas viendo lo poco que se practican: una, que toda mujer que consiente en recibir en su círculo a un hombre sin costumbres, termina por volverse su víctima; la otra, que toda madre es cuando menos imprudente si tolera que otra que no sea ella goce de la confianza de su hija. Los jóvenes de uno y otro sexo podrían además aprender aquí que la amistad que las personas de malas costumbres parecen concederles tan fácilmente no es nunca más

que una trampa peligrosa, y tan fatal para su felicidad como para su virtud. Sin embargo, en este caso me parece demasiado temer el abuso, siempre tan cerca del bien; y, lejos de aconsejar esta lectura a la juventud, me parece importantísimo alejar de ella a todas las de este género. La época en que esta puede dejar de ser peligrosa y volverse útil me parece haber sido muy bien captada, para su sexo, por una buena madre que no solo tiene juicio, sino que tiene buen juicio. «Creería, me decía después de haber leído el manuscrito de esta correspondencia, hacer un verdadero favor a mi hija dándole este libro el día de su boda».⁵ Si todas las madres de familia piensan lo mismo, me felicitaré eternamente de haberlo publicado.

Pero partiendo incluso de esta favorable suposición, sigue pareciéndome que esta recopilación debe agradar a poca gente. Los hombres y las mujeres depravados estarán interesados en denigrar una obra que puede perjudicarlos, y, como no carecen de habilidad, tal vez tengan la de poner de su parte a los rigoristas, alarmados por el cuadro de malas costumbres que no se ha temido presentar.

Los que se pretenden descreídos no se interesarán en una mujer devota, a la que por eso mismo mirarán como una mujerzuela, mientras que los devotos se enfadarán al ver sucumbir a la virtud y se quejarán de que la religión se muestre con demasiado poco poder.

Por otro lado, las personas de un gusto exquisito se sentirán hastiadas por el estilo demasiado simple y demasiado incorrecto de varias de estas cartas, mientras el común de los lectores, seducidos por la idea de que este impreso es fruto de un trabajo, creará ver en algunas otras la manera laboriosa de un autor que se muestra detrás del personaje al que hace hablar.

Por último, tal vez se diga de manera bastante general que cada cosa solo tiene valor en su sitio; y que, si de ordinario el estilo demasiado pulido de los autores priva en efecto de gracia a las cartas de sociedad, las negligencias de estas se convierten en

⁵ Tópico que figura en varias obras de la época; el marqués de Sade, por ejemplo, la pone como cita previa a su novela, *La filosofía en el tocador*: «La madre prescribirá esta lectura a su hija».

verdaderas faltas y las vuelven insoportables cuando se las entrega a la imprenta.

Confieso sinceramente que todos estos reproches pueden ser fundados; creo también que me sería posible responder a ellos, e incluso sin exceder la extensión de un prefacio. Pero debe comprenderse que, para que fuera necesario responder a todo, sería preciso que la obra no pudiera responder a nada, y que si yo así lo hubiera considerado, habría suprimido tanto el prefacio como el libro.

Advertencia del editor

Nos creemos en el deber de advertir al público que, a pesar del título de esta obra, y de lo que dice el redactor en su prefacio, no garantizamos la autenticidad de esta recopilación, y que tenemos incluso fuertes razones para pensar que no se trata sino de una novela.

Creemos además que el autor, que sin embargo parece haber buscado la verosimilitud, la ha destruido él mismo, y de manera muy torpe, debido a la época en que sitúa los sucesos que publica. En efecto, varios de los personajes que saca a escena tienen tan malas costumbres que es imposible suponer que hayan vivido en nuestro siglo; en este siglo de filosofía, en el que, como se sabe, las luces, difundidas por todas partes, han hecho a todos los hombres tan honrados y a todas las mujeres tan modestas y reservadas.

Nuestra opinión es pues que, si las aventuras relatadas en esta obra tienen un fondo de verdad, no han podido ocurrir sino en otros lugares o en otros tiempos; y censuramos mucho al autor que, aparentemente seducido por la esperanza de interesar más acercándose más a su siglo y a su país, se ha atrevido a hacer aparecer bajo nuestro atuendo y con nuestros usos unas costumbres que nos son tan extrañas.

Para preservar al menos, tanto como nos es posible, al lector demasiado crédulo de toda sorpresa a este respecto, apoyaremos nuestra opinión en un razonamiento que le proponemos con confianza, porque nos parece victorioso y sin réplica: es que, sin

duda, las mismas causas no dejarían de producir los mismos efectos, y sin embargo no vemos hoy a ninguna señorita con sesenta mil libras de renta⁶ hacerse religiosa, ni a ninguna Presidenta⁷ joven y guapa morir de pena.

⁶ Renta cuantiosa que sitúa a su propietario muy alto en la escala social; se consideraba que la renta de los nobles tenía que pasar de las cuarenta mil libras.

⁷ Esposa del Presidente de un Parlamento, que ejerce además las funciones de juez.

PRIMERA PARTE

Carta I

CÉCILE VOLANGES
A SOPHIE CARNAY,
*en las Ursulinas de ...*⁸

Ya ves, mi buena amiga, que cumplo mi palabra, y que las cofias y los perifollos no absorben todo mi tiempo; siempre me quedará para ti. Sin embargo, he visto más adornos en este solo día que en los cuatro años que pasamos juntas, y creo que la orgullosa Tanville* sentirá más rabia en mi primera visita, en la que cuento con tratar de verla, de la que ella creyó producir en nosotras cada vez que vino a vernos *in fiocchi*.⁹ Mamá me ha consultado sobre todo; me trata mucho menos como interna que en el pasado. Tengo una doncella para mí; tengo una habitación y un gabinete del que dispongo, y te escribo en un secreter muy bonito, cuya llave me han entregado y en el que puedo guardar todo lo que quiero. Mamá me ha dicho que la vería todos los días al levantarse; que bastaba con que estuviera peinada para almorzar porque siempre estaríamos solas, y que entonces me diría cada día la hora en que debería ir a reunirme con ella por la tarde. El resto del tiempo está a mi disposición, y tengo mi arpa, mi dibujo y libros como en el convento; salvo que la Madre Perpétue no está aquí para reñirme, y que solo de mí dependería estar siempre sin hacer nada; pero como no tengo a mi Sophie para charlar y reír, prefiero ocuparme en algo.

No son las cinco todavía; no tengo que ir a reunirme con mamá hasta las siete; ¡cuánto tiempo, si tuviera algo que decirte! Pero todavía no me han hablado de nada, y de no ser por los preparativos que veo hacer y la cantidad de costureras que vienen para mí, creería que no piensan en casarme, y que eso no es más

⁸ La Orden Ursulina, fundada en Italia en 1537, había asumido en el siglo XVIII, como una de sus actividades más importantes, la educación e instrucción de las jóvenes.

* Interna del mismo convento.

⁹ Expresión italiana: de punta en blanco.

que otro chisme de la buena de Joséphine.* Sin embargo, mamá me ha dicho tantas veces que una señorita debía permanecer en el convento hasta que se casase que, puesto que me han sacado de él, es preciso que Joséphine tenga razón.

Acaba de pararse una carroza en la puerta, y mamá me manda decir que vaya a su habitación enseguida. ¿Y si fuera el señor? No estoy vestida. Me tiembla la mano y me palpita el corazón. He preguntado a la doncella si sabía quién estaba con mi madre. «Sinceramente — me ha dicho —, es el señor C***». ¡Y se reía! ¡Oh!, creo que es él. Volveré sin falta para contarte lo que haya pasado. Ese es su nombre. No hay que hacerse esperar. Adiós, hasta dentro de un momentito.

¡Cómo vas a burlarte de la pobre Cécile! ¡Oh!, qué vergüenza he pasado! Pero también tú habrías caído en la trampa como yo. Al entrar en el cuarto de mamá, he visto a un señor de negro, de pie a su lado. Lo he saludado lo mejor que he podido, y me he quedado sin poder moverme de mi sitio. ¡Ya supondrás cómo lo examinaba! «Señora — le ha dicho a mi madre, al saludarme —, es una señorita encantadora, y siento mejor que nunca el valor de vuestras bondades». Ante estas palabras tan categóricas he sido presa de tal temblor que no podía sostenerme; tras encontrar un sillón, me he sentado en él, muy colorada y muy desconcertada. Nada más sentarme ese hombre se ha postrado a mis pies. Tu pobre Cécile ha perdido entonces la cabeza; me encontraba, como dijo mamá, totalmente asustada. Me he levantado lanzando un grito penetrante..., vaya, como aquel día del trueno. Mamá lanzó una carcajada diciéndome: «Bueno, ¿qué os pasa? Sentaos, y dad vuestro pie al señor». En efecto, mi querida amiga, el señor era un zapatero. No puedo decirte lo avergonzada que me he sentido; por suerte allí solo estaba mamá. Creo que, cuando me case, no seguiré empleando a ese zapatero.

¡Convendrás conmigo en que somos muy sabias! Adiós. Son casi las seis, y mi doncella dice que tengo que vestirme. Adiós, mi querida Sophie; te quiero como si todavía estuviera en el convento.

* Tornera del convento.

P. S. No sé con quién enviar mi carta; por eso esperaré a que venga Joséphine.

París, 3 de agosto de 17**



Carta II

LA MARQUESA DE MERTEUIL
AL VIZCONDE DE VALMONT,
Castillo de...

Volved, mi querido Vizconde, volved: ¿qué hacéis, qué podéis hacer, en casa de una vieja tía,¹⁰ de la que heredaréis todos sus bienes? Partid de inmediato; os necesito. Se me ha ocurrido una excelente idea, y quiero confiaros su ejecución. Estas pocas palabras deberían bastar; y, demasiado honrado por mi elección, deberíais venir de prisa a recibir mis órdenes de rodillas; pero abusáis de mis bondades, incluso después de que ya no os servís de ellas; y en la alternativa de un odio eterno o una excesiva indulgencia, vuestra felicidad quiere que mi bondad se imponga. Deseo, pues, ponerlos al corriente; pero juradme que, como fiel Caballero, no correréis ningún aventura hasta que no hayáis llevado a buen término esta. Es digna de un héroe; serviréis al amor y a la venganza; será, en fin, una *calaverada** más que poner en vuestras Memorias; sí, en vuestras Memorias; porque quiero que se impriman un día, y yo me encargo de escribirlas. Pero dejemos eso y volvamos a lo que me interesa.

¹⁰ Mme. de Rosemonde, de ochenta años según la Carta CXXII.

* Esas palabras *roué* y *rouerie*, de las que por suerte la buena sociedad empieza a corregirse, eran muy utilizadas en la época en que estas cartas fueron escritas. [Ambos términos eran de uso reciente, por lo que el autor los escribe en cursiva; designó en principio a miembros cercanos al Regente Philippe d'Orléans; un prolífico dramaturgo y cronista de la vida parisina, Louis-Sébastien Mercier

Mme. de Volanges casa a su hija: es todavía un secreto; me lo comunicó ayer. ¿Y a quién creéis que ha elegido por yerno? Al Conde de Gercourt. ¿Quién me habría dicho que me convertiría en prima de Gercourt? Estoy tan furiosa... ¡Pues bien!, ¿seguís sin adivinar? ¡Oh, qué espíritu tan torpe! ¿Le habéis perdonado acaso la aventura con la Intendente? Y yo, ¿no tengo todavía más motivos de queja contra él, monstruo? ** Pero me calmo, y la esperanza de vengarme serena mi alma.

Cien veces os habéis sentido contrariado, como yo, por la importancia que Gercourt da a la mujer que ha de ser suya, y por la especie de presunción que lo hace creer que evitará la suerte inevitable. Ya conocéis sus ridículas prevenciones sobre las educaciones claustrales, y su prejuicio, todavía más ridículo, en favor del recato de las rubias. En efecto, apostarí­a que, a pesar de las sesenta mil libras de renta de la pequeña Volanges, nunca habría hecho ese matrimonio si ella hubiera sido morena, o si no hubiera sido educada en el convento. Probémosle pues que no es más que un cornudo; sin duda lo será un día; no es eso lo que me preocupa; pero lo divertido sería que empezara por ahí. ¡Cómo nos divertiríamos al día siguiente oyéndolo vanagloriarse! Porque se vanagloriará; y además, una vez que vos hayáis formado a esa pequeña, muy mala suerte tendríamos si Gercourt no se vuelve, como tantos otros, la comidilla de París.

Por lo demás, la heroína de esta nueva novela merece todas vuestras atenciones; es realmente guapa; solo tiene quince años; es un capullo de rosa: torpe en verdad como ninguna, y nada

(1740-1814), define al *roué* como «hombre de mundo, que no tiene virtudes ni principios; pero que da a sus vicios apariencias seductoras, que los ennoblece a fuerza de gracia y de ingenio» (*Tableau de Paris*, 1781). Esa vida libertina merecería el suplicio de la rueda; de ahí el adjetivo sustantivado *roué*].

** Para comprender este pasaje hay que saber que el Conde de Gercourt había dejado a la Marquesa de Merteuil por la Intendente de ***, la cual lo había sacrificado al Vizconde de Valmont, y que fue entonces cuando la Marquesa y el Vizconde se unieron el uno al otro. Como esta aventura es muy anterior a los acontecimientos de los que se trata en estas cartas, nos ha parecido oportuno suprimir toda su correspondencia.

experta en las buenas maneras; pero vosotros los hombres no teméis eso; además, cierta mirada lánguida que en verdad promete mucho; añadid a esto que yo os la recomiendo; no tenéis más que darme las gracias y obedecerme.

Recibiréis esta carta mañana por la mañana. Exijo que mañana, a las siete de la tarde, estéis en mi casa. No recibiré a nadie hasta las ocho, ni siquiera al Caballero reinante: no tiene suficiente cabeza para un asunto tan grande. Ya veis que el amor no me ciega. A las ocho os devolveré vuestra libertad, y regresaréis a las diez, a cenar con el bello objeto;¹¹ porque la madre y la hija cenarán en mi casa. Adiós. Es más de mediodía; pronto no me ocuparé más de vos.

*París, 4 de agosto de 17***



Carta III

CÉCILE VOLANGES
A SOPHIE CARNAY

Todavía no sé nada, mi buena amiga. Ayer mamá tenía mucha gente a cenar. A pesar del interés que yo tenía por observar, sobre todo a los hombres, me aburrí mucho. Hombres y mujeres, todo el mundo me miró de manera insistente; y luego se hablaban al oído, y yo me daba cuenta de que hablaban de mí; eso me hacía sonrojarme; no podía evitarlo. Lo habría querido, porque advertí que cuando miraban a las otras mujeres no se sonrojaban; o bien es el colorete que se ponen lo que impide ver lo que les causa el apuro; porque debe ser muy difícil no ruborizarse cuando un hombre nos mira fijamente.

¹¹ *Objet*: «Se dice también de las bellas personas que dan amor» (Furetière); desde el siglo xvii «expresión usada por el pueblo. Se ha vuelto ridícula a causa del énfasis» (F. Génin, *Léxique comparé de la langue de Molière...*, 1841).

Lo que más me inquietaba era no saber lo que pensaban de mí. Creo, sin embargo, haber oído dos o tres veces la palabra *guapa*; pero oí con toda claridad la de *torpe*; y es preciso que eso sea verdad, porque la mujer que lo decía es pariente y amiga de mi madre. Parece incluso haber sentido enseguida simpatía por mí. Fue la única persona que me habló un poco durante la velada. Mañana cenaremos en su casa.

También oí, después de la cena, a un hombre que estoy segura de que hablaba de mí, y que decía a otro: «Hay que dejarlo madurar, veremos este invierno». Puede que sea el que debe casarse conmigo; pero entonces ¡no sería hasta dentro de cuatro meses! Mucho me gustaría saber qué hay de todo esto.

Aquí llega Joséphine, y me dice que tiene prisa. Sin embargo, quiero contarte todavía una de mis *torpezas*. ¡Oh!, ¡creo que esa dama tiene razón!

Después de la cena se pusieron a jugar. Yo me coloqué junto a mamá; no sé cómo ocurrió, pero me dormí casi de inmediato. Una gran carcajada me despertó. No sé si se reían de mí, pero creo que sí. Mamá me permitió retirarme, y me causó un gran placer. ¡Figúrate que eran las once pasadas! Adiós, mi querida Sophie, no dejes de querer a tu Cécile. Te aseguro que el mundo no es tan divertido como imaginábamos.

*París, 4 de agosto de 17***



Carta IV

EL VIZCONDE DE VALMONT
A LA MARQUESA DE MERTEUIL
en París

Vuestras órdenes son deliciosas; vuestra forma de darlas más amable todavía; haríais amar el despotismo. No es la primera vez, como sabéis, que lamento no ser ya vuestro esclavo; y por más

monstruo que decís que soy, nunca recuerdo sin placer la época en que me honrasteis con nombres más dulces. A menudo incluso deseo merecerlos de nuevo y terminar dando a vuestro lado un ejemplo de constancia al mundo. Pero intereses mayores nos llaman; conquistar es nuestro destino; hay que seguirlo: quizás al final de la carrera volvamos a encontrarnos; porque, dicho sea sin molestaros, mi bellísima marquesa, me seguís al menos con un paso igual; y desde que, separándonos para felicidad del mundo, predicamos la fe cada uno por nuestro lado, me parece que, en esa misión de amor, vos habéis hecho más prosélitos que yo. Conozco vuestro celo, vuestro ardiente fervor; y si ese Dios nos juzga, como el otro, por nuestras obras, un día seréis la patrona de alguna gran ciudad, mientras vuestro amigo será a lo sumo un santo de pueblo. Este lenguaje os asombra, ¿verdad?¹² Pero desde hace ocho días no oigo ni hablo otro; y es para perfeccionarme en él por lo que me veo forzado a desobedeceros.

No os enfadéis, y escuchadme. Depositaria de todos los secretos de mi corazón, voy a confiaros el mayor proyecto que nunca haya formado. ¿Qué me proponéis? Seducir a una jovencita que no ha visto nada, que no conoce nada; que, por así decir, se me entregaría sin defensa; a la que un primer homenaje no dejará de embriagar, y a la que tal vez la curiosidad empuje más que el amor. Hay otros veinte que pueden conseguirlo igual que yo. No ocurre lo mismo con la empresa que me ocupa; su éxito me asegura tanta gloria como placer. El amor, que prepara mi corona, vacila entre el mirto y el laurel, o más bien los reunirá para honrar mi triunfo. Vos misma, mi bella amiga, quedaréis sobrecogida por un santo respeto, y diréis con entusiasmo: «Ese es el hombre de mi corazón».

Conocéis a la Presidenta Tourvel, su devoción, su amor conyugal, sus austeros principios. He ahí lo que ataco, he ahí la enemiga digna de mí; he ahí el objetivo que pretendo alcanzar:

*Et si de l'obtenir je n'emporte le prix,
J'aurais du moins l'honneur de l'avoir entrepris.*

¹² Valmont emplea términos religiosos, apropiándose así del lenguaje de su futura víctima, la Presidenta.

Se pueden citar malos versos cuando son de un gran poeta.*

Ya sabréis que el Presidente está en Borgoña, siguiendo un gran proceso (espero hacerle perder uno más importante). Su inconsolable mitad debe pasar aquí todo el tiempo de esa lastimosa viudedad. Misa diaria, algunas visitas a los pobres del cantón, rezos por la mañana y por la noche, paseos solitarios, piadosas conversaciones con mi vieja tía, y alguna vez un triste wisk,¹³ debían ser sus únicas distracciones. Yo le preparo otras más eficaces. Mi ángel bueno me ha traído aquí para su felicidad y la mía. ¡Insensato! Yo que lamentaba las veinticuatro horas que sacrificaba a las atenciones habituales, ¡cómo se me castigaría obligándome a volver a París! Por suerte hay que ser cuatro para jugar al wisk; y como aquí solo está el párroco del lugar, mi eterna tía me ha presionado mucho para que le sacrifique algunos días. Adivináis que he accedido. No podéis imaginar cuánto me mimaba desde ese momento, sobre todo cuán edificada está al verme regularmente en sus rezos y en su misa. No sospecha cuál es la divinidad que adoro.

Así pues, aquí estoy, desde hace cuatro días, entregado a una pasión fuerte. Conocéis la viveza de mis deseos, cómo devoro los obstáculos; pero lo que ignoráis es cuánto añade la soledad al ardor del deseo. Solo tengo una idea; pienso en ella por el día y sueño con ella por la noche. Necesito tener a esa mujer para salvarme del ridículo de estar enamorado: porque ¿adónde no lleva el deseo contrariado? ¡Oh delicioso goce! Te imploro por mi felicidad, y sobre todo por mi reposo. ¡Qué afortunados somos de que las mujeres se defiendan tan mal! A su lado no seríamos más que tímidos esclavos. En este momento tengo un sentimiento de gratitud hacia las mujeres fáciles que me lleva naturalmente a vuestros pies. Me prosterno ante ellos para obtener mi perdón, y ante ellos termino esta carta demasiado larga. Adiós, mi bellísima amiga: sin rencor.

*Castillo de..., 5 de agosto de 17***

* La Fontaine. [«Y si de obtenerlo no consigo el premio, / tendré al menos el honor de haberlo intentado». De hecho, La Fontaine escribe en la Epístola dedicatoria: «À Mgr. Le Dauphin» del primer volumen de sus *Fables*: «Et si de t'agrèer je n'emporte le prix...» («Y si de agradarte no consigo el premio...»)].

¹³ O *whist*: juego de naipes, procedente de Inglaterra y antepasado del *bridge*.